
C A P Í T U L O X V

**De los estupendos descubrimientos científicos que el Dr. Quix hizo
en los bosques tropicales**

¡Qué lujosa vegetación! Árboles gigantescos cuyos troncos semejan vetustos torreones, cubiertos de musgos; valientes trepadoras, que construyen con sus bejucos obras admirables, remedando arcos de triunfo y puentes colgantes, adornados de flores; palmas soberbias, bellísimas parásitas, aves bulliciosas, que despliegan al sol sus pintados plumajes, y cantan en lo alto la magnificencia de la creación, mientras que abajo, sobre la capa húmeda y esponjosa, que forman los despojos vegetales putrefactos, se enroscan la temible coral y la cascabel sonora, lanzan sus gritos estridentes las chicharras suicidas, y cruzan por el aire, tímidas y vacilantes, mil pintadas mariposas.

—¡Oh, Sancho, esto es sublime! ¡esto es magnífico! ¡esto es grandioso!...

Exclamaba el Dr. Quix, deteniéndose a cada paso, así para admirar alguna nueva maravilla, como para descansar un rato, porque el suelo, aunque llano, presentaba serios obstáculos a la bicicleta, a tiempo que Sancho caminaba montado en el pollino, arrellanado en la albarda, con la holganza de un sátrapa oriental. Pero cuando empezó el calor a sentarles de lleno, los mosquitos y zancudos, como alados escuadrones de lanceros, vinieron a darles continuas embestidas, principalmente a Sancho, que les ofrecía puntos de ataque más rollizos y sanguíneos.

—¡Oh, qué país tan asombroso! —continuaba diciendo el Dr. Quix— nadie me quita de la cabeza, aunque la historia no lo diga, que aquí debie-

ron de nacer y criarse Hércules, Sansón y Goliat, porque esta tierra es de gigantes.

—Y también de mosquitos, mi amo: vea cómo me tienen acribilladas la cara y las manos.

—Para librarnos de tal plaga, tendremos que hacer esta noche lo que los indios de Cumaná, según el relato de los historiadores Gomara y Castellanos, que era abrir un hoyo en la tierra, y meterse dentro.

—¡Se enterraban vivos!

—Ni más ni menos, porque luego se cubrían con la arena sacada del mismo hoyo.

—Pues perdono las perlas por no ensartarlas. Es mucho más bravo el remedio que la enfermedad. Trastee por allá su merced para ver si recuerda otra cosa que no sea tan miedosa como la sepultura.

—A la mano la tienes: abre una cajita, y tómate dos o tres píldoras de Fierabrasina, que son gran preservativo contra las picaduras de cualquier insecto.

—Eso se llama, mi amo, salir del trueno para caer en el relámpago. Más quisiera yo podirme en el hoyo, que volver a probar del bálsamo de Fierabrás.

—Para que veas que autorizo con el ejemplo lo que afirmo de palabra, dame acá media docena de píldoras, para que observes en mí los efectos maravillosos de esta medicina.

Y el doctor se engulló una tras otra, las seis píldoras, y continuó su camino. Si le produjeron algún efecto, ¿quién puede saberlo? Por el crédito de su medicina, habría sido capaz de meter la mano en el fuego, sin quejarse ni decir esta boca es mía, a semejanza del romano Mucio Scévola.

La verdad es que tú, lector, pudieras haber hecho lo mismo, y aun tomar de un golpe el contenido de una gruesa de cajas, sin sentir más efecto que el de la llenura, porque el Dr. Quix era humanitario, y por ende inofensivo como médico: las píldoras eran un simple *mica panis*, una preparación de harina y azúcar, las cuales curaban por el método sugestivo, último progreso terapéutico, que viene a ser la aplicación médica de una verdad teológica: la fe en el médico debe salvar al enfermo, así como la fe en Cristo

salva al cristiano. ¡Lástima grande que este cielo de salud, esté solamente abierto para los nerviosos y las histéricas!

Iba muy atento Sancho, para ver si advertía en su amo algún movimiento de náuseas u otra revolución estomacal, causadas por el pildorado bálsamo, cuando notó que D. Quijote detuvo la bicicleta, y se puso a mirar para un lado del camino con grandísimo cuidado; y que no contento con la simple vista echó mano del anteojo con febril agitación, y continuó mirando, con tanta ansiedad, que Sancho entró en temores, creyendo que hubiese descubierto por aquella parte alguna fiera u otro animal dañino.

—¡Quieto, Sancho!... Allégate acá, sin meter ruido, para que veas un prodigio, un pasmoso descubrimiento.

—¡Qué, mi amo! ¿Acaso ha descubierto ya alguna mina de oro o piedras preciosas?

—Es un fenómeno antropológico, que vale más que el Potosí. ¡Un gran descubrimiento científico!

Estiróse Sancho sobre el pollino, y miró por encima de la maleza, pero no vio cosa que lo pasmase, sino un indio, peón de alguna hacienda o conuco vecino, que estaba ocupado en formar haces de leña, liados con bejuco.

—Obsérvalo bien, Sancho, y dime qué le descubres.

—Es un indio bien cuajado, pero lo que noto y me admira es que esté vestido, y que no tenga ni una pluma para remedio.

—Pero tiene otra cosa más sorprendente, Sancho. Fíjate en el apéndice velludo que le cuelga por debajo de la camisa, en la prolongación del espinazo. ¿Lo ves?

—Ah!... mismamente parece un rabo.

—No es que parece, sino que es real y efectivamente un rabo. ¡Oh, Darwin! quien creyera que estaba reservado a este oscuro soldado de la milicia científica, la gloria de evidenciar tu doctrina, descubriendo en los bosques de América este raro ejemplar del simio-humano, tan solicitado por los sabios en el interior del África. Aquí tienes, Sancho, la prueba más evidente y decisiva de nuestra descendencia del mono.

Sancho, que ya había oído hablar a su amo en otra ocasión de este abolengo, y que había tomado la especie como una broma, miraba el fenómeno con ojos de asombro. En fin, no es de admirar que Sancho creyese en

lo del rabo, cuando en otros tiempos gentes engolilladas, creyeron en Europa algo peor: que el indio americano era animal irracional.

El peón tenía una camisa muy corta, con la falda fuera del pantalón, y llevaba al cinto un puñal dentro de una vaina hecha de piel de ardilla o de nutria, que son muy peludas. Pero es el caso que no tenía el arma de un lado, o sobre el cuadril, como se acostumbra, sino completamente atrás, en la mitad de la espalda, para llevarla más oculta, de manera que le sobresalía por la falda de la camisa la punta de la vaina, que ciertamente tenía la apariencia de un rabo de mono o de otro animal velludo.

—Acércate, Sancho, a él, y le ruegas muy por las buenas que se descubra todo el rabo, para sacar un retrato completo, ofreciéndole buena gratificación.

—¡Está loco, mi amo! ¿No ve que a nadie le gusta que le digan que tiene rabo? ¿Por qué no le hace su merced la propuesta cara a cara?

—No se la hago, porque temo que al verme, huya despavorido, creyendo que vaya a esclavizarlo o causarle algún otro mal, mientras que tú tienes un continente más pacífico, y puedes avenirte mejor con él, e infundirle plena confianza, no sólo para que nos muestre el rabo, sino también para que me permita medirle el ángulo facial.

—No lo crea, mi amo, porque mentarle el rabo, será como mentar la soga en casa del ahorcado: a seguro, llevan preso: conque lo más prudente será que se contente su merced con la punta del rabo, que por la hebra se saca el ovillo; y menos se meta a medirle la fachada, porque puede ser que antes nos mida él las costillas con una raja de leña, y en vez de ir por lana, salgamos trasquilados.

Reflexionó D. Quijote, y aunque no hablaban con él los miedos de Sancho, detúvolo, sí, ver malogrado el hallazgo, si el indio ponía pies en polvorosa. Por lo cual, sin moverse del sitio en que estaban, sacó el aparato fotográfico, lo previno, y se estuvo en espera de una buena posición del raro individuo para tirar el retrato.

—¡Ahora, mi amo! —le dijo Sancho, al ver que el peón les daba por completo la espalda, y algo peor que la espalda, doblado por la cintura, para levantar del suelo un haz de leña, dejándoles ver casi un palmo del pretendido rabo, posición en que fue retratado al instante.

—Creo, Sancho, que el rabo ha quedado bien visible, y esto es lo más importante, porque esta fotografía está llamada a dar la vuelta al mundo, para gloria mía y regocijo de los sabios darwinistas.

Habiendo proseguido su marcha, la satisfacción del Dr. Quix llegó a su colmo, pues oyeron una destemplada algarabía, producida por una tropa de monos legítimos y verdaderos, que saltaban sobre los árboles.

—¿Lo ves, Sancho? Aquí los monos son autóctonos, y la selección espontánea debe efectuarse con suma rapidez. Aunque me cueste un ojo de la cara, me llevaré al regreso un ejemplar del simio-humano, como el que hemos retratado, para presentarlo de bulto a la *Sociedad Simio génita* de Bostón.

Fueron tantas las paradas, y rodaba con tanta lentitud la bicicleta, que les cerró la noche antes de llegar a la posada donde pensaban quedarse. Caminaban, pues, en lo oscuro, sin más claridad que la de las estrellas, mortificados por los silbantes zancudos, que, según se ha dicho, lanceaban más a Sancho que al doctor, porque éste llevaba enguantadas las manos, y algo más defendida la cara por la toquilla del sombrero de turista.

—Dice el dicho, que quien no se aventuró, ni perdió ni ganó: así es que estoy por hacer la prueba, tomándome una sola píldora. ¿Qué le parece, mi doctor? Una pasa, cualquiera se la pasa.

—Debes tomarte tres, lo menos, y respondo del resultado. ¿No me tomé yo media docena para darte ejemplo?

—En nombre de Dios, pecho al agua, y venga lo que viniere, —dijo Sancho, tomándose en seguida, una tras otra, las tres píldoras.

—Ahora, Sancho, conviene que te cubras la cara con un pañuelo, sin dejar libre más que los ojos y que lleves las manos metidas en los bolsillos, para evitar el contacto del aire, y facilitar el inmediato efecto de la Fierabrasina. Ya verás como los zancudos te respetan.

A poco andar, aliviado Sancho de las picaduras, por virtud del tratamiento sugestivo a que lo sometió el doctor, oyeron unos golpes acompasados dentro del bosque, y mirando en la dirección de donde partían, descubrieron un vago resplandor debajo de los árboles en paraje no muy apartado del camino.

Es costumbre del país, cuando las cosas políticas andan revueltas o hay temores de ello, lo que acontece de ordinario, sacar las bestias de silla de las cuadras o caballerizas, y llevarlas a dormir en algún arcabuco o escondrijo dentro del monte, con el objeto de que no estén a la mano de las comisiones armadas que recorren los campos, más de noche que de día en pos de reclutas, bagajes y ganados.

El campesino que tiene algún animal aprehensible como elemento de guerra, lo pone de este modo en seguro, principalmente de noche. Los golpes que oían D. Quijote y Sancho, eran del machete con que le picaban la cena de pasto a un caballo, y el vago resplandor, era producido por un enorme farol de vejiga, calculado para vela entera, que puesto en el suelo parecía un poste encendido, aunque por su completa opacidad, apenas difundía una luz muy débil y triste, la necesaria para picar el pasto, trabajo que hacía un indio mocetón, sentado en el suelo al lado del caballo.

—Vamos allá, Sancho, a ver qué es aquello.

—No tenga de esas, mi amo. ¿Qué nos va ni nos viene con averiguar esas cosas? —le contestó Sancho, disimulando su miedo.

—Ya me conoces: quiero ir allá e iré por encima de todo. Aquello más parece un fuego fatuo que resplandor de lumbre.

—Por eso mismo, lo más prudente es pasar de largo, sin apartarnos del camino: id por el medio, y no caeréis, dice el adagio. Además, recuerde su merced que estoy bajo la acción de las píldoras, y no puedo irme a salto de mata por esos zarzales.

—Pues quédate, que yo iré solo —díjole D. Quijote, abriéndose paso con los brazos y con todo el cuerpo por entre las ramas y zarzas, tomando por faro el misterioso resplandor, que tenía excitada su curiosidad y en supersticiosos temores a Sancho.

De pronto cesaron los golpes, pero simultáneamente resonaron por todo el bosque las grandes y estentóreas voces de D. Quijote:

—¡El helióforo! ¡el helióf oro!... ¡El leño fosforescente, el árbol luminoso del jesuíta!...

¡Corre, Sancho, que se me escapa!...

El indio, que no esperaba ser sorprendido en su nocturna ocupación, al ver salir de entre el monte la figura espantable de D. Quijote, dando tan extrañas voces, de un salto se puso en pie, agarró el farol y salió de estampida, volando más que corriendo.

Sancho vio con terror romperse la maleza, no lejos de él, y aparecer de súbito aquel cuerpo luminoso, llevado en volandas, como si lo cargasen por el aire las mismísimas brujas. Dio un grito de espanto, y se abrazó al pescuezo del pollino, el cual se asustó también, y trataba de correr.

Vanos fueron los gritos y carreras de D. Quijote: pronto dejó de verse el fugitivo resplandor, ocultado por el espeso monte, y todo quedó nuevamente en la más completa oscuridad. Orientado por las voces que le daba Sancho, D. Quijote volvió acezante.

—¿Lo viste, Sancho? ¡Qué feliz e inesperado hallazgo! Es un pedazo de tronco, como de tres palmos de largo y uno de ancho, cuya luz alumbraba un buen trecho; pero el salvaje que se servía de él, huyó con tal presteza, que ha sido imposible alcanzarlo.

—¡Qué tronco de mis pecados! si yo lo vi pasar por los aires, como una estopa encendida, y todavía tengo el resuello por dentro.

—Tronco es, Sancho, pero debe de ser muy seco y liviano como la yesca; y ahora deduzco que sin duda lo ahuecan los indios, para hacerlo más transportable, y servirse de él como de linterna para alumbrarse de noche. Ya ves cuánta claridad difunde así en bruto. ¡Oh, grande y portentoso hallazgo! Puedo asegurarte que el alumbrado solar o heliográfico es un hecho fuera de toda duda.

—¿Y cómo piensa su merced ponerse en ese palo-candil?

—He aquí mi plan: bien sabes cuan egoístas son estos indios con sus secretos, que antes prefieren morir que revelarlos. Sin embargo, tan pronto conozca mejor el país, volveremos a buscar el helióforo, con toda seguridad. Por ahora, la prudencia aconseja tener oculto este gran descubrimiento, lo mismo que el del simio-humano, no sea que al divulgarlos, se aproveche de ellos otro sabio, más conocedor de las entradas y salidas de la tierra y de las tribus que la habitan.

—Dejando a un lado estas cosas, que yo no entiendo, por más que me devane los sesos, creo que la posada todavía está lejos, y el hambre cada vez más cerca. La luz de adelante es la que alumbra, y tripas llenas, refuerzan las piernas. Conque mejor será que comamos aquí algo, a la luz de las estrellas, que el camino de las manos a la boca no tiene pérdida.

D. Quijote, que llevaba el estómago en un hilo, no se hizo de rogar: comieron algo, y a poco andar, dieron con la posada, donde Sancho se tomó otra dosis de Fierabrasina, la cual, ayudada con el completo tapamiento de todo el cuerpo, fue remedio eficaz contra los zancudos, y prueba inequívoca de la excelencia del método curativo del Dr. Quix, semejante al que emplean, tratándose de la exportación, muchos médicos industriales y droguistas millonarios de Europa y Norte-América, con sus prodigiosas preparaciones, remedios siempre infalibles, elaborados expresamente para que surtan sus efectos *in anima vili*, o sea en los semi-salvajes de Sur América, mediante la bombástica y altisonante recomendación del anuncio, y el halago de las estampitas de colores.